



# El México bronco y caliente: ¿cómo enfriarlo?

\* Por Bulmaro Pacheco



**Los** recientes asesinatos de dos altos funcionarios públicos de la Ciudad de México, sumados a la radicalización de algunas fuerzas políticas como la CNTE y el asesinato de candidatos a cargos de elección popular han reabierto el debate sobre la violencia que hemos padecido por años. Y le muestran al actual gobierno que más allá de los modelos ideológicos con los que pretende interpretar la nueva problemática, la difícil y compleja realidad termina por imponerse como ha ocurrido en otras etapas de la historia nacional.

Dice Salvador Camarena que “la CNTE se está convirtiendo en un factor de desgaste de la idea de un gobierno sin reclamos sociales u opositores con modelo de progreso alternativo y monopolio del discurso progresista”. Tiene razón.

La historia de México registra diversas etapas de tensión política y violencia y han sido varias las causas: Factores de poder insatisfechos; tensiones por

la representación política; avances en la politización de los ciudadanos; crisis económicas recurrentes; violencia en regiones siempre conflictivas; o el reacomodo de fuerzas sociales políticas y económicas que buscan nuevos espacios de participación y acción en sus diversas facetas, sea la política, los negocios o las actividades ilegales del hampa organizada.

Pero ahora hay nuevos ingredientes: El retiro de la visa norteamericana a la gobernadora de Baja California —algo inédito en México—, el asesinato recurrente de aspirantes a cargos de elección popular en las diversas regiones de México; el retiro de candidaturas de aspirantes registrados por partidos políticos, por presiones de la delincuencia organizada, la promoción velada —económica y política— de candidaturas a cargos de elección popular, y con dedicatoria, para salvaguardar regiones y zonas de interés y la influencia cada vez más amplia de la delincuencia en las

regiones de México. Diferentes instancias hablan de un 50% del territorio nacional dominado por los poderes fácticos, que han complicado la extensión del estado de derecho. Otros dicen que la cifra ya está rebasada.

Años antes, la violencia política registraba ingredientes políticos

fácilmente identificables: Manifestaciones públicas; toma de instalaciones; fraudes electorales; invasión de tierras; cerrazón del poder público, que reprimía manifestaciones; debilidad de la representación política, que no alcanzaba para conciliar intereses, y la ausencia de una gran reforma política que diera cauce a las inconformidades sociales a través del derecho y las instituciones en forma pacífica y ordenada. Se sentía una gran presencia de lo que entonces Jesús Reyes Heróles llamaba el “México Bronco”. Años después, la violencia política alcanzó niveles de complejidad sorprendentes con los asesinatos políticos ocurridos en 1994 de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu. Desde los asesinatos de Madero (1914), Carranza (1920) y del presidente electo Álvaro Obregón (1928); México no había vivido una situación como la que se presentó en el año fatídico de 1994. Tiempos de violencia, también las muertes de Zapata (1919), Villa (1923) y los candidatos Serrano y Gómez en 1927. En el caso del asesino material de Obregón, José de León Toral, se tejieron innumerables versiones de todo tipo de conspiraciones, donde se señalaba principalmente como origen el conflicto religioso que México estuvo viviendo

